

## 7. La Historia en los Sellos

El libro de Apocalipsis se presenta como una «revelación de Jesucristo»; los primeros cinco capítulos verifican la veracidad del nombre. El sexto capítulo abrió a Juan una nueva fase del carácter divino tal como se revela en la vida del Hijo, y en su **actitud** hacia las personas sobre quienes se concede su amor.

La historia secreta de aquellos en la tierra, entre quienes y el Padre ningún ser puede intervenir, se guarda en la mano derecha de ese Padre, y solo el Cordero es capaz de cumplir lo que está escrito en el rollo. Los sellos, al abrirse, revelan la vida de la iglesia, el hijo de Dios; y comenzando en el nacimiento del cristianismo, los sellos se extienden hasta el fin de los tiempos. Otros pueden saber algo de la vida; pero solo el Padre conoce los entornos, el lugar de nacimiento, las tendencias heredadas de Su hijo; solo Él es capaz de apreciar el carácter y de formar un juicio justo al respecto. Cuando el primer sello fue roto por el Cordero, una de las cuatro criaturas vivientes, cuya voz era como trueno, le ordenó a Juan que observara. Esas criaturas vivientes, al rodear el trono, reflejan el carácter de Dios, están interesadas en aquellos en la tierra, cuyas vidas también reflejan la Imagen Divina. «Y miré, y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; y le fue dada una corona; y salió **venciendo, y para vencer**» (Apocalipsis 6:2). A Zacarías se le dijo que los caballos simbolizaban los «espíritus de los cielos, que salen de estar delante del Señor de toda la tierra» (Zacarías 6:5). El Espíritu de Dios busca a aquellos que le den control total en sus vidas, y la Iglesia Apostólica fue bendecida con una doble porción del Espíritu. El caballo sobre el que cabalgaba era blanco, representando la fe simple y la confianza de aquellos que aceptaron el bautismo del Espíritu en su pureza. Todos los dones del Espíritu se manifestaron en la iglesia del primer siglo. Los seguidores de Cristo se separaron de en medio del mundo, de amigos y parientes y de todo lo que la tierra considera valioso, y Dios pronuncia su bendición más rica «Sobre la cabeza del nazareo y sobre la coronilla del que fue separado de sus hermanos» (Números 6:2).

Una corona denota victoria. Una corona le fue dada al que montaba el caballo, y salió «venciendo, y para vencer». Durante el primer siglo, no importaba si había una apariencia de derrota, o si se veía el triunfo en la curación de los enfermos y la liberación de los probados y tentados. El nombre de Jesucristo de Nazaret era salud para los afligidos y vida para los muertos. La victoria estaba escrita en cada movimiento de los discípulos. En prisión, con sus espaldas laceradas, sus cánticos de alabanza y acción de gracias trajeron victoria y resultaron en la conversión de almas. Pedro fue sentenciado a muerte, encerrado en la prisión interior; pero esa última noche en prisión fue una victoria; porque el ángel del Señor trajo liberación. Verdaderamente maravillosa fue la historia del Evangelio durante el primer siglo, mientras salía «venciendo, y para vencer».

Como el árbol plantado junto a la fuente, cuyas ramas crecen sin límites, así la iglesia del primer siglo se extendió por todo el mundo. Su misma soledad y espíritu de sacrificio fue su característica más atractiva para aquellos hasta entonces desconocidos con el poder del Evangelio. De hecho, fue plantada por la Fuente de la Vida, y mientras permaneció conectada con esa agua viva, ninguna oposición pudo retardar su crecimiento.

La rapidez sin precedentes que acompañó la propagación del evangelio de la Cruz es atestiguada por escritores de esa época. A la iglesia romana Pablo escribió: «Primeramente doy gracias a mi Dios por medio de Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo» (Romanos 1:8); y de nuevo: «vuestra obediencia ha venido a ser notoria a todos» (Romanos 16:19).

Cuando el apóstol había estado predicando poco más de treinta años, dijo a los Colosenses que el Evangelio había sido «predicado a toda criatura que está debajo del cielo» (Colosenses 1:23). ¿Qué expresión más fuerte podría usarse que «salió venciendo, y para vencer»? Pero no fue «ni con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos» (Zacarías 4:6). Esta fue la experiencia del alma de esos hijos del Dios viviente cuando sintieron el calor de *su primer amor*.

El Evangelio de Cristo trae paz a la tierra, pero cuando los hombres no reciben la verdad, trae espada y derramamiento de sangre. La segunda bestia dijo: «Ven y mira». «Y salió otro caballo, bermejo; y al que lo montaba le fue dado poder de quitar de la tierra la paz, y que se matasen unos a otros» (Apocalipsis 6:4). La paz fue quitada de la tierra; se derramó sangre a diestra y siniestra, y los santos fueron llevados como ovejas al matadero. Nada podría describir más vívidamente este período que el «caballo que era rojo: y se le dio poder al que lo montaba para quitar la paz de la tierra». Esto nos lleva a través del período conocido como el triunfo del paganismo, correspondiente a la iglesia de Esmirna. A los ojos del mundo, la experiencia del pueblo de Dios a través de esta época fue de gran derrota, pero a los ojos de Aquel, que tiene poder para dar victoria en las cosas más pequeñas de la tierra, y para anular las cosas que son, por medio de las cosas que no son, esta experiencia fue un *triunfo*. El mismo testimonio dado por el sacrificio de las vidas de los santos se convirtió en semilla que brotó y dio fruto. El poder infinito de Dios se manifiesta en cada sacrificio hecho por los hombres en la tierra. En su total impotencia residía su fuerza. Fue entonces cuando el poder de Cristo descansó sobre ellos. Incluso el acto más pequeño, realizado en nombre de Cristo, se multiplica no solo cien veces en esta vida, sino que su influencia, como una piedra arrojada a una superficie lisa de agua, se extiende hasta alcanzar el océano de la eternidad.

Vivir una vida espiritual requiere un ascenso incesante, cada vez más alto; pero la humanidad es propensa a tomar una parte más fácil. Por triste que parezca, encontramos a la iglesia, que durante años sacrificó su vida por el Evangelio, comenzando a comprometer la verdad de Dios. La iglesia apartó sus ojos de Cristo y fue seducida por el mundo a caminos extraños. Lo que Satanás no pudo hacer por persecución, lo logró por halagos. Cuando se abrió el tercer sello, se escuchó a la tercera bestia decir: «Ven y mira». «Y miré, y he aquí un caballo negro; y el que lo montaba tenía una balanza en la mano» (Apocalipsis 6:5). Es extraño que, cuando los hombres pierden el Espíritu de Dios, inmediatamente se autoproclaman jueces de otros hombres. El Espíritu de Cristo es «con humildad,

considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo» (Filipenses 2:3). La vida del Salvador ejemplifica esto; las vidas de aquellos que han seguido de cerca sus pasos muestran que el mismo espíritu ha habitado en los hombres. La oración de Moisés fue que Dios borrara su nombre del libro de la vida, pero salvara a Israel. «Ahora, pues, yo ruego que perdones su pecado; y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito» (Éxodo 32:32). «Uno solo es el legislador, que puede salvar y destruir; ¿quién eres tú para juzgar a otro?» (Santiago 4:12). Sin embargo, cuando los hombres dejan de obedecer la ley de Dios, inmediatamente se exaltan a sí mismos por encima del Legislador, y sentados en el trono de la justicia, intentan pesar las obras de los hombres. Este es el «misterio de la iniquidad», que «se opone y se exalta a sí mismo sobre todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; de modo que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios» (2 Tesalonicenses 2:4). Es el espíritu de aquel que dijo: «Subiré al cielo; levantaré mi trono por encima de las estrellas de Dios... Subiré sobre las alturas de las nubes; seré semejante al Altísimo» (Isaías 14:13-14).

Pero las balanzas sostenidas por el hombre son balanzas falsas; y mientras el hombre está juzgando, Dios, desde el trono, está observando a aquellos que están siendo pesados, y en su infinita bondad, limita el poder del juez autoproclamado. Este juez puede decir «una medida de trigo por un denario, y tres medidas de cebada por un denario» (Apocalipsis 6:6); puede, es cierto, juzgar algo por las apariencias externas, puede pesar las acciones físicas, pero el mandato Divino es: «pero no dañes el aceite ni el vino» (Apocalipsis 6:6). El aceite de Su gracia, y el vino, el emblema de la vida espiritual interior, no deben, y no pueden ser tocados. La iglesia durante los siglos cuarto y quinto, comenzó a dictar a los hombres lo que debían creer y cómo debían adorar. Este fue el período en que el cristianismo fue reemplazado por el papado, y el hombre fue exaltado como viceregente de Dios en la tierra.

La cuarta bestia ordenó a Juan que viniera y viera la apertura del cuarto sello, que fue la culminación de las escenas comenzadas bajo el tercer sello. «Miré, y he

aquí un caballo pálido; y el que lo montaba se llamaba Muerte, y el Hades le seguía» (Apocalipsis 6:8). El caballo pálido era una indicación de una desviación aún mayor del espíritu de verdad que el negro. Miles han sido ejecutados por la espada, por inanición y por bestias salvajes; y lo que es peor que matar el cuerpo, muchos más han sufrido la muerte espiritual debido al ocultamiento de la Palabra de Vida. Siempre que la iglesia está revestida de poder civil, reparte a la humanidad la experiencia cristiana. Si esa experiencia no está de acuerdo con la religión prescrita, se sacan el tornillo de pulgar y otros instrumentos de tortura para extraer confesiones del penitente. Pero Dios, incluso en medio de la persecución más severa, vela por cada alma afligida.

Podría parecer que Dios habría prevenido tal crueldad aparente durante la Edad Oscura; pero la visión dada a Juan muestra que Cristo sufrió en la persona de sus santos. En el momento de la crucifixión, los ángeles fueron impedidos de rescatar al Salvador de su agonía. Se permitió que así fuera por un tiempo, para que la mayor gloria pudiera verse después. Así, en el martirio de la Edad Media, y en cualquier forma de persecución, Cristo se identifica con el que sufre, y todo el cielo está listo para socorrerlo.

«Cuando abrió el quinto sello», Juan «vio debajo del altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían» (Apocalipsis 6:9). Dios no olvida a aquellos que han sufrido por su nombre, sino que sus nombres están escritos en el Libro de la Vida. El cordero en el servicio del tabernáculo fue inmolado en la tierra; Cristo dejó los atrios del cielo, y la tierra se convirtió en el altar donde se derramó su sangre; el sepulcro excavado en la roca se convirtió en la tumba donde fue depositado su cuerpo muerto; así la tierra ha bebido la sangre de los mártires, y sus cuerpos yacen enterrados en su seno. Representantes de todas las clases de hombres, desde el humilde comerciante hasta los hombres de intelecto brillante, cayeron ante el poder de quien montaba el caballo pálido. Hombres como Huss y Jerónimo, Ridley, Cranmer y Latimer, sufrieron por la Palabra de Dios.

Pero hubo otros, como Galileo, que fueron perseguidos porque defendían principios que, cuando se pesaban en las balanzas de quien estaba entronizado, se consideraban peligrosos para el gobierno.

La sangre de Abel clamó a Dios, así la tierra da testimonio ante Jehová de cada vida que ha sido tomada en Su nombre. Este testimonio es verdadero, uno que nunca puede ser sobornado; y no importa cuál sea el veredicto de quien sostiene la balanza. Dios sabe, y da justo juicio. Cuando la historia de las naciones fue revelada a Daniel, los ángeles del cielo clamaron: «¿Hasta cuándo, oh Señor, hasta cuándo el fin de estas cosas?» (Zacarías 1:12). Toda la creación sufre a causa de la maldición que el pecado ha traído; y además de estas voces, que claman por el fin de todas las cosas, la sangre de los mártires es escuchada por el oído sensible de Jehová. Cuando se le preguntó por qué hay tanta paciencia por parte de Dios, Juan vio las vestiduras blancas de la justicia de Cristo, preparadas para todo aquel que ha entregado su vida por la verdad. Han sido despreciados, rechazados y asesinados por los hombres; pero en los libros de registro del cielo, cada pecado está cubierto por el carácter de su Señor. Eran la compañía de los que estaban «desamparados, afligidos, maltratados; de los cuales el mundo no era digno» (Hebreos 11:37-38); pero el cielo tiene un hogar para ellos, y en la restauración de todas las cosas, se les dará un lugar cerca del trono. Su número aumentará con aquellos que están llamados a sufrir una muerte similar en el período de tiempo que precede a la segunda venida de Cristo. Lo que se hizo bajo el manto de la oscuridad en la Edad Media, se repetirá cuando el sol esté en su cenit. Todos los que mueren por causa de la conciencia, duermen juntos en sus tumbas hasta que sean llamados por los tonos de trompeta de Aquel, que es el

la resurrección y la vida. Entonces se les darán vestiduras blancas, junto con palmas de victoria. Hoy se les ve vestidos con túnicas blancas; pues el mundo, olvidando los crímenes de los que fueron vilmente acusados, les asigna una corona de mártir.

Esta historia de la vida interior, tal como fue revelada por la apertura de los sellos, no fue para beneficio de quienes vivieron durante el período de la historia

eclesiástica en que fue especialmente aplicable; pues en aquellos tiempos las profecías no se entendían; sino que es para quienes viven en el tiempo del fin, especialmente bajo el sexto sello, para que el amor maravilloso de Aquel que gobierna en los cielos pueda ser leído en los acontecimientos que ocurren.

El sexto sello cubre la historia hasta el fin de los tiempos; por lo tanto, la generación que ahora vive será testigo de al menos algunos eventos mostrados al profeta cuando este sello fue abierto. Difiere de los primeros cuatro sellos al mostrar eventos que marcan el tiempo profético, en lugar de mostrar la condición de la iglesia. Aquellos que reconozcan las señales dadas en él como presagios de la segunda venida del Hijo del hombre, le darán la bienvenida bajo el séptimo sello. Aquellos que no lean así el lenguaje de Dios, dado en señales y prodigios, tendrán la experiencia registrada en Apocalipsis 6:15-17.

Al comienzo del sexto sello, un poderoso terremoto sacudió la tierra. Esto sin duda se refiere al terremoto de 1755, sentido con mayor severidad en Lisboa, Portugal, y conocido en la historia como el terremoto de Lisboa. Su influencia se sintió tan al norte como Groenlandia, y también en el norte de África. Esto debía ser seguido por el oscurecimiento del sol y la luna, y la caída de las estrellas del cielo. Ha habido muchos terremotos en la historia del mundo, y el sol a menudo se ha oscurecido; pero un terremoto definido debía ser considerado como una señal de los tiempos en que vivían los hombres. Un oscurecimiento definido del sol y la luna sería usado por el Señor como una señal de su cercana venida. Para que los hombres supieran qué eventos aceptar y cuáles rechazar, la Palabra de Dios ha descrito con minuciosidad divina los que se refieren bajo el sexto sello. Ocho escritores de la Biblia dan las señales en el sol, la luna y las estrellas, como heraldos del día final. Cuatro de ellos, Joel, Amos, Isaías y Ezequiel, escribieron antes del tiempo de Cristo; los otros cuatro son Mateo, Marcos, Lucas y Juan, tres de los cuales repiten las palabras dadas por el mismo Salvador. La descripción de las señales en los cuerpos celestes, dadas por estos ocho escritores, señala al menos trece peculiaridades que indican inequívocamente el tiempo y la naturaleza de su ocurrencia. El tiempo en que los hombres podrían buscar

señales en los cielos es dado por Mateo. Él dice: «Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su luz», etc. La «tribulación de aquellos días» (Mateo 24:29) es el período de oscuridad y persecución, conocida como la «abominación desoladora de que habló el profeta Daniel» (Mateo 24:15). Comenzó con el establecimiento del papado en el 538 d.C., y continuó mil doscientos sesenta años, o hasta 1798. Pero Dios en su misericordia acortó el tiempo de persecución; porque «si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo» (Mateo 24:22). El poder perseguidor del papado fue roto alrededor de 1776 d.C. «Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá y la luna no dará su luz» (Mateo 24:29). El día oscuro profetizado debe buscarse poco después de 1776. Marcos añade otro punto que ayuda a ubicar el tiempo. Él dice: «En aquellos días, después de aquella tribulación» (Marcos 13:24), etc. Es decir, dentro del período de los mil doscientos sesenta años, o antes de 1798 y después de 1776, «el sol se oscurecerá y la luna no dará su luz» (Marcos 13:24). La historia registra el día extraordinariamente oscuro del 19 de mayo de 1780; y el estudiante de la profecía encuentra que, en cuanto al tiempo, esto cumple los requisitos de Mateo y Marcos.

Lucas, el evangelista, que apela especialmente al amante de la lógica, expone los hechos de tal manera que el lector se convence al instante de que las señales en el sol, la luna y las estrellas son eventos consecutivos. En Lucas 21:25-33 se mencionan las señales. El versículo 28 dice: «Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestras cabezas, porque vuestra redención está cerca» (Lucas 21:28). No está aún cerca, pero *está cerca*. El versículo 31 continúa: «Cuando veáis estas cosas [Mateo dice, *todas estas cosas*] que suceden, sabed que el reino de Dios está cerca» (Lucas 21:31). Hay un lapso de tiempo entre la primera y la última señal. Cuando comienzan a aparecer, la redención está cerca; cuando todas han aparecido, la redención está cerca, «a las puertas» (Mateo 24:33). Aquellos que soportaron las aflicciones de la Edad Oscura, que habían visto amigos torturados en el potro, o quemados en la hoguera; o que ellos

mismos habían sufrido prisión o persecución, cuando la luz de la Reforma dispersó la oscuridad, se les instó a mirar hacia adelante; porque la estrella de la mañana debía ser vista. Un poco más tarde vino el oscurecimiento del sol. Entonces se les animó a levantar la cabeza, porque «vuestra redención está cerca» (Lucas 21:28). Aquellos que viven desde el cumplimiento de todas las señales, deberían regocijarse; porque «Él está a las puertas» (Mateo 24:33). Una característica del oscurecimiento del sol, que se da como señal de su venida, se encuentra en Joel 3:15. Ese profeta declara que el sol, la luna y las estrellas, todos se oscurecerán. «El sol y la luna se oscurecerán, y las estrellas retraerán su resplandor» (Joel 3:15). Los relatos del día oscuro de 1780 concuerdan con esto. A quienes presenciaron el fenómeno, les pareció que la oscuridad en su apogeo no podría haber sido más densa, aunque cada luminaria hubiera sido borrada de la existencia. Un escritor dice: «La oscuridad de la tarde siguiente fue probablemente tan profunda y densa como jamás se había observado desde que el Todopoderoso dio a luz la luz por primera vez. ... Una hoja de papel blanco, sostenida a pocos centímetros de los ojos, era tan invisible como el terciopelo más negro. ... La densidad de esta oscuridad vespertina fue un hecho universalmente observado y registrado». (Devens, en «Nuestro Primer Siglo»).

Amos testifica el hecho de que la noche siguiente al oscurecimiento del sol también sería oscura. Es decir, que el oscurecimiento del sol y la luna, al que se refiere el sexto sello, ocurriría dentro de las mismas veinticuatro horas; un día sería oscuro, y la noche siguiente, la luna también estaría oscura. El párrafo citado anteriormente muestra que el oscurecimiento del sol y la luna el 19 de mayo de 1780, cumplió estas especificaciones. El profeta Isaías da un punto al que ninguno de los otros escritores se refiere. Él dice: «El sol se oscurecerá en su salida» (Isaías 13:10), es decir, por la mañana. Amos 8:9 declara que la porción más oscura del día sería al mediodía, y que esto tendría lugar en un día claro. Ezequiel declara que una nube cubriría la faz del sol. Aquí hay cuatro peculiaridades dignas de mención. La señal que el Señor puso en los cielos, podía leerse fácilmente. De todos los días oscuros que registra la historia, ninguno,

salvo el de 1780, cumple todas estas especificaciones. La mañana sería clara, pero durante la mañana una nube oscurecería la faz del sol. La oscuridad aumentaría hasta alcanzar su mayor densidad hacia el mediodía. Sobre estos puntos «Nuestro Primer Siglo», la obra antes mencionada, declara: «El momento del comienzo de esta oscuridad extraordinaria, fue entre las diez y las once de la mañana del viernes, de la fecha ya nombrada [19 de mayo de 1780]. en cuanto a la manera de su aproximación, la oscuridad pareció aparecer primero en el suroeste. El viento venía de ese cuadrante, y la oscuridad pareció venir con las nubes. ... El sol, al elevarse hacia el cenit, no dio aumento de luz, como de costumbre; sino que, por el contrario, la oscuridad continuó aumentando hasta entre las once y las doce, momento en el que hubo la mayor oscuridad. El mismo escritor dice: «A las doce la oscuridad era máxima. Se veían luces encendidas en todas las casas; ... los pájaros en medio de sus alegres ocupaciones matutinas, se detuvieron de repente, y cantando sus cantos vespertinos, desaparecieron y enmudecieron; las aves de corral se retiraron a sus perchas, los gallos cantaban a su manera acostumbrada al amanecer». El día no fue intensamente negro como si no hubiera sol, sino como se declara en Apocalipsis 6:12, «el sol se puso negro como tela de cilicio» (Apocalipsis 6:12). El cilicio de pelo está hecho de pelo de cabra, y es negro mezclado con gris. Juan es el único que menciona esta característica.

Joel y Juan profetizaron que la luna se convertiría en sangre. Quienes presenciaron la noche oscura, dicen que cuando la luna apareció, cerca de la mañana, era una esfera rojo sangre en los cielos.

Las características peculiares de la caída especial de las estrellas, que Dios dio como señal, son dadas por Juan. Deben caer del cielo «como la higuera deja caer sus higos verdes cuando es sacudida por un fuerte viento» (Apocalipsis 6:13). Se sabe que han ocurrido extensas y magníficas lluvias de estrellas fugaces en varios lugares en tiempos modernos; pero la más universal y maravillosa que jamás se ha registrado es la del 13 de noviembre de 1833, cuando todo el firmamento, sobre todos los Estados Unidos, estuvo entonces durante horas en conmoción

ardiente. Como una higuera cubierta de frutos verdes que es violentamente sacudida envía el fruto en todas direcciones, así desde un centro en el cielo, las estrellas cayeron en lluvias en cada dirección.

Desde 1755 los habitantes de la tierra han estado viviendo bajo el sexto sello. En los cielos y en la tierra, han aparecido señales que muestran que el tiempo es corto. Este período ha sido un tiempo de gran luz intelectual. Los hombres, mediante sus descubrimientos e invenciones, han hecho posible el tránsito rápido y la comunicación veloz entre diferentes tierras. Desde «la tribulación de aquellos días» (Mateo 24:29), la luz de la verdad ha estado brillando en rayos constantes sobre el pueblo de Dios. En ningún momento, salvo cuando Cristo nació, ha brillado mayor luz sobre el mundo. Algunos aceptarán una vida espiritual, mientras que otros encontrarán muy pronto que si el Señor viniera, sería para ellos un tiempo de oscuridad y desesperación. El sexto sello mira hacia el final mismo, cuando los cielos se apartan como un pergamino que se enrolla; y cuando las montañas y las islas son removidas de sus lugares. Cuando el pecado entró en el mundo, el curso de la naturaleza fue cambiado. La atmósfera, antes agradable a los sentidos del hombre, ahora lo enfriaba; la humedad, al principio destilada como el rocío, finalmente llegó en torrentes del cielo, y las fuentes del gran abismo fueron rotas. La propia tierra fue girada de su posición original, en el tiempo del diluvio; vastas porciones se hicieron inhabitables a causa del frío y la vasta cantidad de agua dejada en la superficie. Al sonido de la voz del Hijo del hombre, los elementos de la atmósfera serán reordenados, los lugares altos serán humillados, y las islas serán movidas de sus posiciones.

En ese tiempo, aquellos que han puesto su confianza en ídolos de oro en lugar de en su Hacedor, y aquellos que han exaltado la humanidad por encima de la Divinidad, aterrorizados buscarán ser escondidos por las rocas y las montañas de la penetrante mirada de Aquel que se sienta en el trono. Hay ahora un tiempo de probación. Todos pueden conocer el tiempo de la visitación de Dios, porque estamos rodeados por las señales dadas por Jehová. No podemos perdernos; porque las fechas 1755, 1780 y 1833 están tan claramente marcadas como el cierre